

LA FILOSOFIA DE LOS SANOS

Mi querido amigo:

Usted quiere que le haga un sistema. ¿Y acaso vale la pena? Un sistema no es una novela, que uno se mete a componer sin saber dónde irá a parar, como de su procedimiento confesaba Jorge Sand; un sistema se hace de por sí, si se hace, y resulta del trabajo y las observaciones de toda la vida.

El filósofo no piensa en componer sistemas, ni en comunicarlos; piensa en la verdad únicamente y en buscarla para sí; y si descubre que un camino es falso, trata de hacer volver atrás a los que andan por él, y esto con el empeño con que se detiene a quien está por caer en un hoyo. De ahí lo pegadizo y molesto de su conversación. Por lo común, al menos al principio, se le toma por loco, y también de deslenguado lo hace considerar el poco respeto con que habla tal vez de personas de gran nombradía y reputación y su costumbre de reírse de las opiniones que suelen tenerse por las más acertadas. Nadie se da cuenta de que lo mueve la evidencia del error y del perjuicio que reporta, y por el amor a la verdad.

Es muy difícil que llegue a componer un sistema, por cuanto lo que él busca es la verdad y no un modo cualquiera de eslabonar las ideas entre sí. No pretende deducirlo todo de un principio, sino descubrir cómo están las cosas. Los principios serán dos, o mil, poco le da; lo que sí le importa es saber cuáles son. La verdad está dispuesta a acogerla tal cual es, aun cuando resultara una condena de todo lo que desea. La filosofía no reside en la agudeza de la mente, sino en la sinceridad del amor a la verdad, y, por consiguiente, en

la fe inquebrantable en su existencia, y la posibilidad de su conocimiento.

Sócrates no tenía ningún sistema que contraponer a los sofistas; si encontró razones valiosas para refutar una que otra de sus tesis, ello fué en lo sucesivo, y si se echó a buscarlas fué sólo porque los sofistas negaban la posibilidad del conocimiento y la existencia de la verdad, que eran los artículos de su fe.

Es la fe, pues, lo que constituye al filósofo, fe en que la verdad existe y es buena, de suerte que él no puede querer que el hombre sea víctima del error.

Resulta, por lo tanto, que cualquier sistema que conduzca por cualquier camino a la negación de uno de aquellos artículos, la existencia de la verdad o la posibilidad de conocerla, es obra de sofista, ya que no de filósofo, y de sofista tanto más peligroso y dañino cuanto más difíciles de destruir son sus argumentos. El filósofo es el creyente en la verdad, y como tal fanático por ella, aunque nunca presume conocerla; sabe que es posible y que existe, y para él cuantos niegan cualquiera de las dos cosas no son tan sólo equivocados, sino impíos y perversos. El filósofo, que no ambiciona honores ni riquezas y no desea placeres, para quien, pues, la vida no tiene valor alguno, no admite el empleo de la razón como juego o ejercicio, sino sólo para investigar, descubrir la verdad. Sin este objeto, usar de la razón es para él abusar de la razón, cosa indigna de un hombre formal y honrado, el mayor de los crímenes.

Tal fué Platón, el corazón más noble, el que amó la verdad con amor más puro y gallardo, capaz de conmovirla y atraerla sobre la tierra, si hubiese existido en alguna parte. En aquella lucha entre Platón y los sofistas, los espíritus superficiales no ven sino un hecho momentáneo, un episodio de la historia de Grecia; y es la historia de la humanidad.

No mueren ni la sofística ni la filosofía, siendo las condiciones de su existencia inmanentes en el género humano y en cada hombre, pues cada hombre es sofista y filósofo,

según las circunstancias. La sofística aspira a suprimir la verdad, niega el conocimiento de lo real, simplemente para no tener que conformarse a aquélla, y libertar al individuo de todo obstáculo y ley: tal inspiración ingénita es material, es la tendencia a dominar del individuo mismo. Y no es que propiamente se desee la supresión de toda realidad; lo que se anhela es dar consistencia y realidad a los objetos de nuestros deseos: para ello, empero, se necesitaría que la realidad no estuviese hecha a su manera, independientemente de nuestras aspiraciones. No que no deba haber un mundo: lo que se quiere es que el mundo sea tal como el deseo se lo forja a cada cual en la fantasía. Es tener que reconocer que el mundo ya está hecho, lo que nos pesa; y es por eso profundo el concepto bíblico que pone la esencia de todo pecado en querer el hombre substituirse a Dios: ser Dios y fabricarse luego el propio mundo.

Como tal aspiración es natural y es una cosa misma con la individualidad, se comprende fácilmente el porqué del favor que halla la sofística, así como la repugnancia que inspira la disposición contraria, esto es, la aceptación de la realidad y el esfuerzo por descubrirla, a fin de conformarnos a ella en la conducta.

La nueva sofística comienza con Descartes; y por más que se intente persuadir al mundo de que aquella no es sofística sino filosofía, no se consigue, pues si la una es inmortal, también lo es la otra. Cada cual, cuando es presa de una pasión violenta, se vuelve sofista, y retorna a ser filósofo y a reconocer la existencia de lo real, cuando recoge el fruto amargo de su voluntaria ilusión.

La filosofía es inmortal como la razón. Esta es una brújula muy delicada y en extremo sensible; el menor deseo que despierta en el corazón basta para desviarla; pero al desviar siente sobre sí la acción de la fuerza exterior y que muy distintas serían sus conclusiones si fuera libre, sentimiento que no le permite adherirse plenamente a lo que se le muestra, mientras está en tal estado. En una palabra, el entendimiento es filósofo, ya que su mismo nombre supone

la existencia de algo real y la posibilidad de conocerlo; y el instinto es sofista.

Y por cualquier vía se llega a la misma conclusión: que filósofo es el que cree en la existencia de una realidad independiente de nosotros y nuestros deseos, y en la posibilidad de alcanzarla, y sofista el que niega, o la existencia o la posibilidad de la verdad, o ambas cosas.

Usted me preguntará tal vez si a mi parecer Platón ha dado con la verdad. Le contestaré que si el sistema de Platón no es cierto, es, sin embargo, la más fiel expresión de su conciencia. Hasta donde las fuerzas de su ingenio y su penetración le permitieron, llegó; y si no resolvió todos los problemas, todos los planteó.

Aristóteles refutó el resultado, la fórmula última de sus investigaciones; pero su refutación no es completa.

Platón parte de la investigación diligente de los hechos y trata después de explicarlos mediante una hipótesis que se extienda a todos. Antes de refutar la hipótesis, Aristóteles hubiera debido volver a examinar los hechos uno por uno, y sin prevenciones; rechazando la hipótesis si insuficiente para explicarlos todos o si los dados por Platón como hechos no subsistían. Pero como tales hechos subsisten y no son una ficción de Platón, no está de acuerdo con el método científico rechazar su hipótesis, que da razón de aquéllos, sin tener otra con que sustituirla. Aristóteles, al dar por refutado a Platón, no consiguió sino apartar la atención de los hechos por éste observados, hechos reales y bien observados.

Se impone una revisión del sistema platónico. Habría que examinar los hechos observados por el filósofo, y si subsisten y la hipótesis por él propuesta no satisface, buscar otra. Semejante refutación de Platón no se ha hecho hasta el día de hoy. No debe, pues, extrañar que quien lee a Platón y se da cuenta de las observaciones que le guiaron a escoger su hipótesis, no le crea aun refutado, y si bajo mil formas el platonismo vuelve a renacer.

Pero aun admitiendo que sus hipótesis no sean adecuadas, ello nada significa, por ser deber del filósofo no ya hallar la verdad, sino buscarla y no buscar otra cosa.

De todo lo cual resulta que no puede ser filósofo sino quien sepa tenerse libre, enteramente libre de todo cuanto pueda crear en él un interés contrario a la verdad. Y he aquí cómo la filosofía escogió muy pronto un sistema especial de vida; y si, como a lo demás, hubiese podido el filósofo renunciar al orgullo, la sofística se habría muerto.

Todas las pasiones desvían la razón, pero sin quitarle el sentimiento de la desviación; el orgullo, al contrario, apaga en ella este sentimiento: es el plano vertical en que colocada la brújula, desvía naturalmente y pierde su tendencia hacia el Norte. El sofista, entonces, lo es sin creer serlo, y a la fuerza de los argumentos que quizás aduce, se agrega la sugestión del convencimiento.

Pero el orgullo tiene su humo que lo denuncia. El orgulloso siempre se presenta como un reformador, como el que viene a dar la verdadera certidumbre, a abrir los ojos al género humano. Relea usted el *Discurso sobre el método* de Descartes y advertirá que es todo un poema de orgullo, y nadie ha sido víctima de más burdas ilusiones. Nada más noble que sus propósitos: quiere dar de Dios una prueba ontológica, una demostración matemática, ahuyentando toda duda sobre la inmortalidad del alma. Es religioso, antes bien católico, y tan sometido a la autoridad eclesiástica, que después de Galileo seguirá negando el movimiento de la tierra. Pero no es de fijo a su prueba ontológica ni a sus intenciones místicas que debe su celebridad: al contrario, todo esto, lo que tal vez más importaba a Descartes, constituye la mayor dificultad para el moderno historiador de la filosofía, que quiere presentarlo como hombre superior y a su sistema como algo razonable y liberal. Lo que hizo la fortuna de Descartes, es la tesis sofística que su sistema entraña.

Kant se presenta con intenciones no menos halagüeñas. El quiere poner para siempre la religión al abrigo de todo

asalto. Los asaltos, dice, le llegan de parte de la razón; nosotros mostraremos lo que la razón vale. También Kant debe el lugar que ocupa a la tesis sofística que está en el fondo de su sistema.

Volviendo al grano, le diré que el sistema no hace al filósofo, sino el amor sincero de la verdad. Usted observará que si, por lo dicho, no es dable amar la verdad si antes uno no consigue suprimir en sí mismo todo deseo, tal disposición sincera es imposible en el ser humano, y no se lo niego; y tanto es así, que esta tan sonada verdad no tiene todavía trazas de dejarse encontrar; pero nadie puede pretender que el hombre no sea hombre y no tenga pasiones ni deseos y por lo tanto algún interés con respecto a la verdad, que ha de preferir que sea más bien de un modo que de otro. Pero hay un remedio, y es comprender bien que si usted se engaña, usted es quien se engaña y ha de sufrir las consecuencias del engaño. El amor a sí mismo, que no es el orgullo, puede, pues, neutralizar la influencia de la pasión sobre la brújula.

En cuanto a lo demás, no puedo sino indicarle el camino que he seguido yo mismo para llegar a formarme alguna idea y salir del atolladero de tanta contradicción: con la esperanza de que acaso le sirva, mañana se lo voy a señalar.

*«Nosotros», enero de 1912, con
el seudónimo Hans Friedrich*
